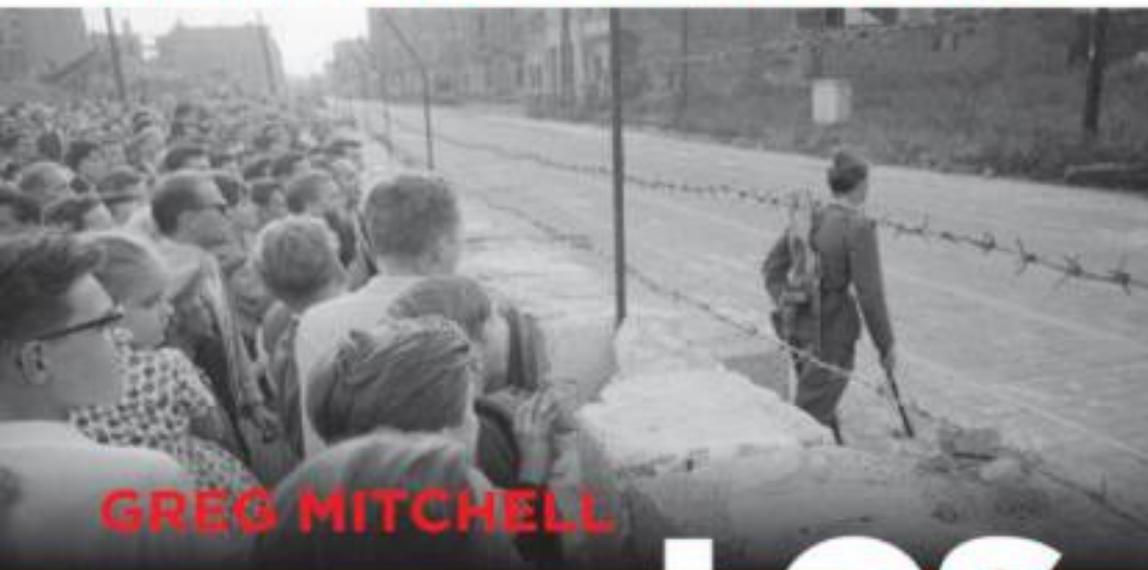


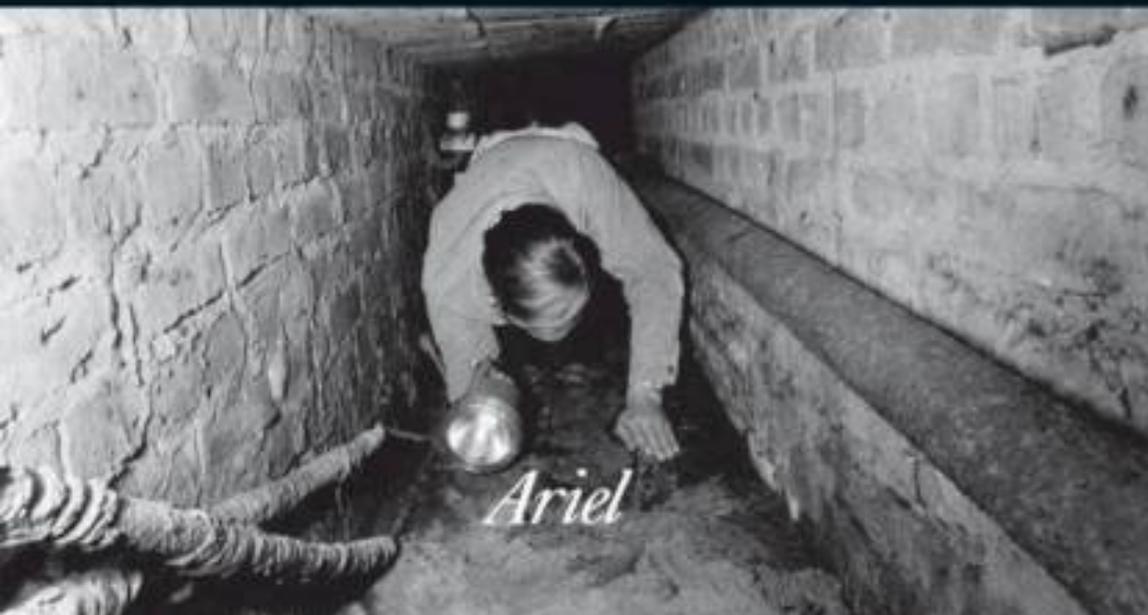
«Fascinante. Y todo es verdad», Frederick Forsyth.



GREG MITCHELL

LOS TÚNELES

La historia jamás contada de la huida bajo
el Muro de Berlín



Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
Nota a los lectores
Mapa de Berlín
1. El ciclista
2. Dos italianos y un alemán
3. Los reclutas
4. El presidente
5. El corresponsal
6. Las filtraciones
7. Schorr y el secretario
8. Kiefholz Strasse
9. Prisioneros y manifestantes
10. El intruso
11. El mártir
12. Salir demasiado pronto
13. Schönholzer Strasse
14. Película subterránea
15. Amenazas
16. Túnel enterrado
17. Sabotaje
18. Salir a por aire
Epílogo
Agradecimientos
Abreviaturas
Bibliografía
Láminas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

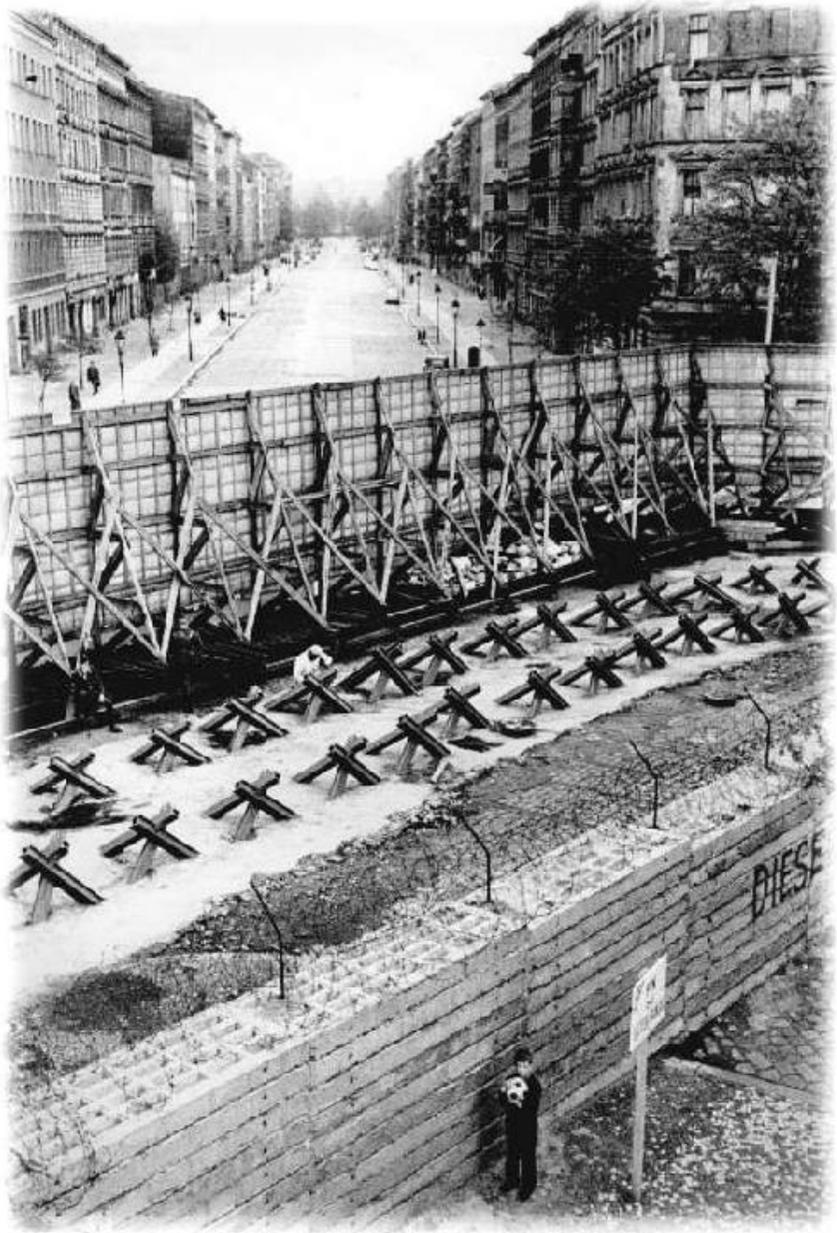
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Com-
parte

Para Peter Fechter



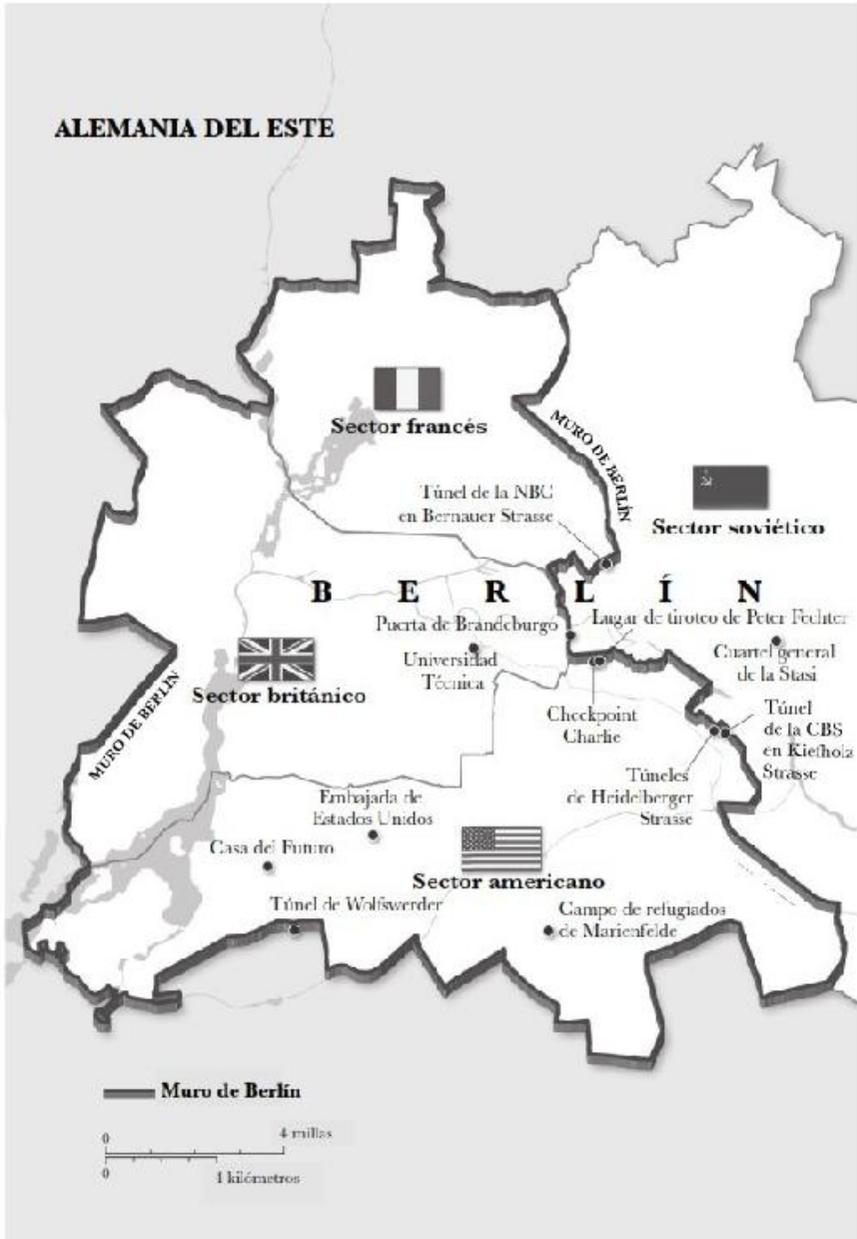
Solo se gana su libertad quien la conquista
de nuevo cada día.

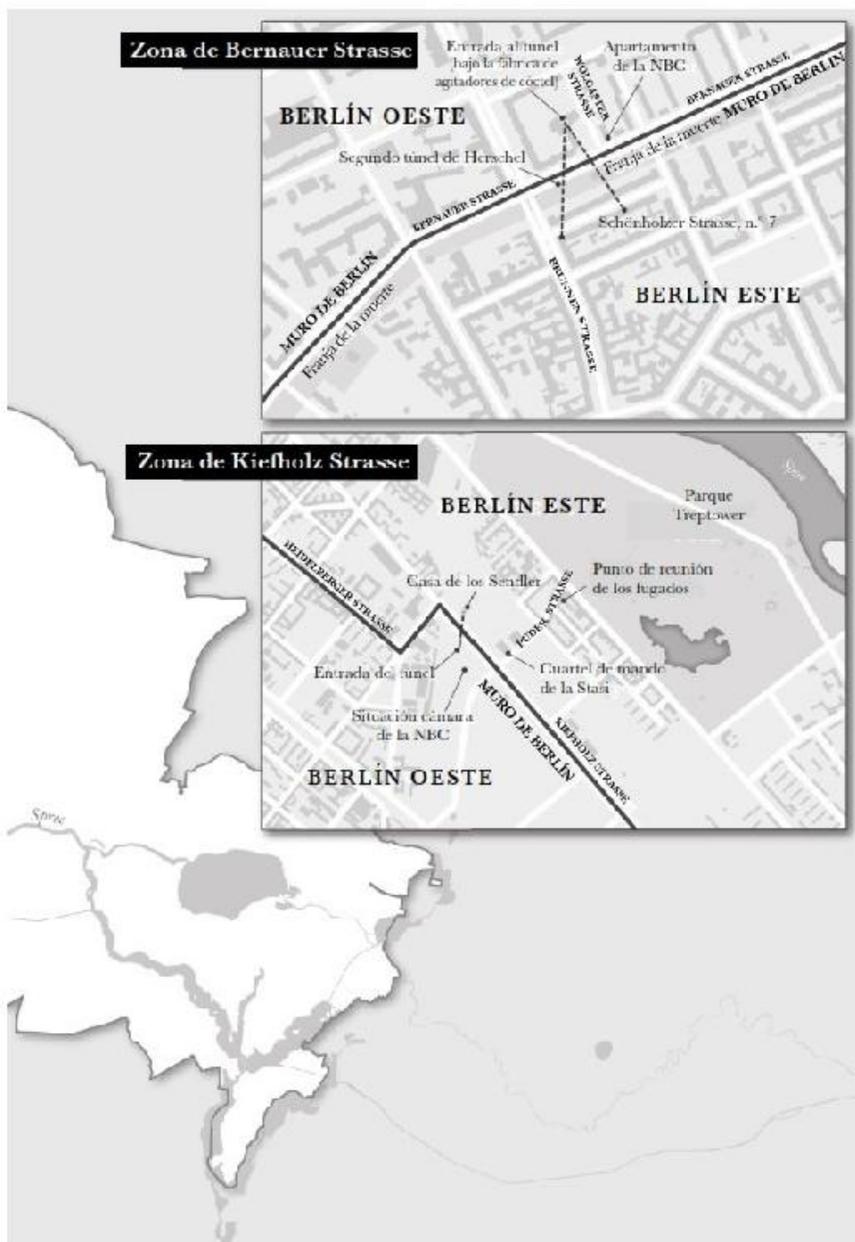
GOETHE, *Fausto*

Nota a los lectores

Los túneles se ajusta estrictamente a los registros históricos y observaciones de los participantes y los testigos. No incorpora ningún diálogo inventado. Las escenas recreadas no son imaginarias, sino basadas en la mayor parte de los casos en relatos de dos o más participantes. A menos que se explicita, cualquier cita entre comillas o con guiones es o bien un diálogo real (tal y como lo recuerda un testigo, a menudo en una entrevista con el autor) o bien procedente de unas memorias o de otro libro, carta, historia oral, registros de los tribunales o interrogatorio, transcripción de la Casa Blanca o cualquier otro documento citado en las Notas. En algunas citas he corregido la sintaxis o la puntuación. Todos los nombres son reales. Las direcciones en Berlín, donde los nombres de las calles llevan incorporado al nombre la palabra *strasse* (por ejemplo, Schönholzerstrasse), se han transcrito aquí, para mayor claridad, con un «Strasse» o «Platz» o «Allee» como palabra separada.

Hasta un punto que ha sorprendido incluso al propio autor, casi todos los acontecimientos y episodios centrales de esta narración (y seguramente las partes más emocionantes) se basan en entrevistas extensas originales con casi todos los constructores de túneles más importantes, y varios de los correos y fugitivos; cientos de páginas de documentos nunca consultados antes de los archivos de la Stasi, y documentos recientemente desclasificados del Departamento de Estado de Estados Unidos y de los archivos de la CIA.





1

El ciclista

FEBRERO-MARZO DE 1962

A Harry Seidel le gustaba la acción, la velocidad y el riesgo.¹ Encontraba todas esas cosas a la vez participando en carreras ciclistas. Harry pudo ser campeón olímpico, todavía lo habría podido ser, probablemente, si hubiera cambiado de actitud, porque a los veintitrés años estaba en su mejor momento, en cuanto a piernas se refiere. Pero Harry no era así. En cuanto se proponía algo, se dedicaba en cuerpo y alma, y en aquel momento no estaba persiguiendo la siguiente curva, a los otros competidores o la línea de meta. Solo unos meses antes había competido ante miles de fans entusiasmados en palestras muy ruidosas. Su foto aparecía en los periódicos. Los niños quizá incluso saludaban al esbelto y moreno héroe del deporte cuando lo reconocían paseando en bicicleta por las calles de Berlín. Pero entonces iba casi en solitario. Aunque se lo merecía, nadie lo animaba por unas victorias que superaban con mucho a cualquiera de sus hazañas deportivas. Habría sido demasiado peligroso.

Desde que surgió la nueva barrera que dividía Berlín, el 13 de agosto de 1961, la mujer de Harry, Rotraut, estaba muy preocupada por él. Cuando se iba para una de sus misiones secretas, ella se preguntaba si volvería a casa o desaparecería para siempre. Los amigos llamaban a Harry *draufgänger*, o sea, temerario. Le instaban a que abandonase sus hazañas que desafiaban la muerte, que volviera al ciclismo y abriera ese quiosco de prensa que ansiaba, pero

era como si gritaran entre el viento invernal que barría el río Spree. Los primeros meses después de la construcción del Muro, Seidel había pasado a su mujer y su hijo, y a dos docenas más de personas, a través de la frontera casi impenetrable de Occidente. Y para Harry seguía habiendo muchísimas personas más que rescatar: casi todo el mundo en el este.

Seidel no había hecho más que recibir parabienes del Estado durante su carrera ciclista, que culminó con varios títulos en Berlín Este y dos medallas en el campeonato de Alemania del Este en 1959. Con menos de veinte años, abandonó su trabajo como electricista cuando el Estado empezó a pagarle para que se dedicara solo a competir. Aunque era muy alabado en los órganos de propaganda, al parecer Harry no era lo suficientemente patriota porque, a diferencia de muchos otros del equipo nacional, se negó a ingerir esteroides para mejorar su rendimiento. Tampoco quiso ingresar en el Partido Comunista, que estaba en el poder. Esto le costó cualquier posibilidad de formar parte del equipo olímpico del país en 1960, y el estipendio que le entregaba el gobierno fue cancelado.

A principios de 1962, su reputación en los archivos policiales de la policía secreta de Alemania del Este como colaborador de fugas igualaba a su fama como ciclista. Ese cambio no había carecido de costes para él.

La primera huida de Seidel fue la suya propia. Solo horas después de que se materializara la barrera de alambre y cemento que dividió brutalmente Berlín, la mañana del 13 de agosto, Seidel salió del apartamento que compartía con su mujer, su hijo y su suegra en el distrito de Prenzlauer Berg para explorar la frontera en bicicleta. Al sur del centro de la ciudad encontró un sitio en el que el alambre de espinos era bajo. Como los guardias estaban distraídos por los manifestantes, se echó al hombro la bicicleta y saltó por encima del alambre. Más que nada se trataba de una prueba. Supuso que podía volver al este con la misma facilidad, co-

sa que hizo unas horas más tarde pasando a través de un control. (Todavía no había problemas para pasar en esa dirección.) Al ser Harry como era, confiaba en poder saltar de nuevo la frontera al cabo de unas horas. No quería abandonar a Rotraut y a su hijo pequeño, André, pero tampoco quería perder el trabajo de entrega a domicilio de periódicos que tenía en el oeste. Aunque se quedara atrapado en la frontera, encontraría pronto una forma de sacar a su familia, incluyendo a su madre.

Aquel mismo día, Harry pensó en hacer otro viaje a la parte occidental, pero le pareció que los guardias de la frontera estaban estrechando sus controles. Justo después de anoecer, envolvió en plástico su pasaporte y se sumergió en el Spree, y recorrió a nado los más de doscientos metros que había hasta la parte occidental. Al salir a buscar aire casi choca contra un barco de la policía de Berlín Este. Tragando agua, finalmente oyó decir a uno de los guardias: «Vámonos, aquí no se ve nada». Cuando se fueron, siguió nadando el resto del camino hasta la orilla.

Mientras Seidel pensaba cómo rescatar a su familia, uno de los hermanos de Rotraut intentó sacarlos usando unos pasaportes de Alemania Occidental con fotos que se les parecían. El hermano intentó hacerlos pasar con los documentos de identidad falsos por un control, pero no tuvieron éxito. La madre de Harry y su suegra fueron arrestadas. Dejaron libre a su mujer porque tenía que cuidar al bebé. Harry, furioso, juró sacar a su madre en cuanto saliera de prisión... y a su mujer y su hijo de inmediato.

Después de otra vuelta en bicicleta, aquella vez por el lado occidental del Muro, decidió que el lugar más seguro para pasar era Kiefholz Strasse, junto a Treptower, uno de los parques de mayor tamaño de la ciudad. En aquel trozo de frontera solo había alambre de espino —no vallas ni cemento—, y muchos árboles y arbustos donde esconderse

en la zona ocupada por los americanos. Para conseguir un manto de oscuridad, disparó a un par de focos con un rifle de aire comprimido.

La noche del 3 de septiembre de 1961,² tres semanas después de ser construido el Muro, Rotraut, una mujer esbelta y de ojos azules, recibió una inesperada llamada en su apartamento. Era Harry, que llamaba desde un café del este y anunciaba que la recogería al cabo de una hora. Rotraut, cuya familia había emigrado de Polonia, era tan anti-comunista como su marido, y había estado pensando por su cuenta en alguna forma de escapar, de modo que la invitación de Harry resultó muy bienvenida. Cuando llegó, él le dijo que se vistiera de negro, que diera un trocito de pastilla de dormir al bebé y que lo siguiera. Pronto estaban penetrando en el sotobosque a lo largo de Kieffholz Strasse, donde Harry ya había cortado el alambre de espinos. Él pasó primero, y luego se puso de pie y levantó el alambre. Rotraut le entregó al niño y acto seguido pasó también a Occidente. Después echó a correr con toda su alma con Harry hacia el Ford Taunus que tenía él allí. Minutos más tarde, los Seidel descansaban en el apartamento de Harry, en el distrito de Schöneberg.

No hubo un final tan feliz para los dos hermanos de Rotraut, que fueron arrestados y acusados de estar al tanto de la huida o incluso de haber colaborado en su ejecución.

Pocos en Berlín Este imaginaban que un muro (o «barrera de protección antifascista», como lo llamó el líder de Alemania del Este Walter Ulbricht, demostrando así que había leído a Orwell) pudiera durar años. Pero Harry Seidel no estaba entre los más optimistas. Creía que aquella enorme y fea cicatriz y el Estado policial iban a ser permanentes. ¿Y qué podía hacer Occidente al respecto? Berlín era una isla fracturada, flotando precariamente en medio del Estado comunista, a ciento cincuenta kilómetros de distancia de la

Alemania Occidental. Harry Seidel tenía la sensación de que sus aventuras en la frontera no habían hecho más que empezar. Antes que nada, tenía que rescatar a su madre.

Tras años de escasez y racionamiento, los berlineses del este bromeaban diciendo que cuando por fin podían permitirse comprar manzanas y patatas, a menudo encontraban gusanos en ellas... y «te las cobran más caras si tienen gusanos». Otra broma amarga: «¿Sabías que Adán y Eva en realidad eran alemanes del este? No tenían ropa, debían compartir una sola manzana, y encima les hacían creer que vivían en un paraíso».

Desde poco después de la segunda guerra mundial, una línea ondulada en el mapa separaba los dos estados alemanes,³ antes incluso de que adoptaran el nombre de República Democrática Alemana (RDA) y República Federal de Alemania (RFA). Alemania Occidental estaba dividida en sectores ocupados por norteamericanos, franceses y británicos. La RDA, dominada por los soviéticos, era la mitad más pequeña de Alemania, tanto en terreno como en población y rendimiento económico. En 1955, con su economía floreciente y montones de puestos de trabajo, Alemania Occidental alcanzó la soberanía plena, aunque seguían en ella las tres fuerzas ocupantes. Mientras tanto, en el este, los comunistas luchaban por poner fin a una vergonzosa crisis de refugiados. Desde finales de los años cuarenta a 1961, casi 2,8 millones de alemanes del este huyeron a Occidente.

La mayor parte de esa marea humana, casi el 20 por ciento de la población de Alemania del Este, y una gran cantidad de sus trabajadores y profesionales más cualificados, salió por Berlín. Los soldados de la RDA vigilaban estrechamente la frontera nacional, pero la frontera de Berlín, muy incrustada en Alemania del Este, seguía siendo porosa. Los niveles de seguridad variaban enormemente en la